

Sady Zañartu

Historia del vendedor de libros

El vendedor de libros tiene también una historia preclara entre nosotros que nace con la era de la libertad política. Era humilde su comercio al principio. No traía capitales y se aficionó al contrabando. Para su negocio se acomodaba en cualquier bodegón o pulpería, entre frutos del país, y allí solía esperar días enteros a algún cliente que soñara con iluminar su espíritu.

Don Manuel de Salas, el primer bibliotecario nacional, se vió en duros aprietos para incrementar los volúmenes de su nuevo establecimiento. El decreto, firmado por don Bernardo O'Higgins con fecha 5 de Agosto de 1818 que mandaba crear esa biblioteca pública «para el uso de los habitantes de esta capital», sólo disponía de fondo básico los libros existentes en la Universidad de San Felipe, que no eran muchos. No consultaba ninguna otra suma para adquirirlos. Por lo que don Manuel de Salas tuvo que ingeniarse con toda su pasión de bibliógrafo para aumentar las obras que llevarían la luz interior a la obscurecida población. Las obras entonces se recogían de entre escombros de locales arruinados, de entre el polvo de varios depósitos y de la liberalidad de personas beneméritas. Sabía que en los buques apresados por la escuadra, los marinos no dejaban de llevar algunos libros e instrumentos de matemáticas, y se apresuró a pedirlos al gobierno para la biblioteca, pudiendo así contar con muchas biblias, diccionarios de industria, de química, de arte, textos de geometría, de hidráulica, de gramática, de agricultura, y hasta sobre construcciones de bar-

cos. Entre los primeros donantes figuraban don José de San Martín, que obsequió en dinero ciento tres pesos, el Dr. Grajales y don Diego Antonio Barros; el mismo don Manuel de Salas obsequió su propia biblioteca compuesta de más de mil volúmenes.

Si con todas estas argucias había ya logrado reunir nueve mil quinientos sesenta y siete volúmenes la biblioteca se resentía de obras modernas, que era lo que más buscaba el público, aburrido ya de latines y sapiencias teológicas. Ahora don Manuel de Salas quería estimular al comercio, comprando directamente con fondos del estado, porque esto decía: «estimulará la afluencia de vendedores de libros, que los presentan a precios ínfimos, porque no los conocen, o porque no necesitándolos, tratan de deshacerse de ellos de cualquier modo, hasta sepultarlos en las especerías o boticas. De suerte que es muy verosímil que por este arbitrio se adquirieran muchas obras clásicas de las que faltan, y de las facultades que hasta el día se han cultivado en el país, reservando adquirir los escritos modernos por medio de los encargados del Estado en Roma, París y Londres, enviándoles el catálogo de los que existen para que se abstengan de remitirlos, y dirijan su anhelo a los que faltan en él.»

Don Manuel de Salas no le daba zaga a ninguno de nuestros modernos compradores de libros viejos, aunque la reventa que hacía sólo pedía ganancias para la ilustración general, donde, cada lector nuevo, valdría para él la onza de oro del espíritu.

La librería, a pesar de las actividades de don Manuel de Salas, tardó en nacer algunos años como negocio organizado. Los pocos lectores que empezaban su aprendizaje, en todos los órdenes del progreso, no tenían discernimiento suficiente para elegir sus lecturas y creían que su mayor exaltación o perfeccionamiento interior se hallaba en los libros místicos llenos de terrores dantescos o de milagros divinos.

En unas gráficas pinceladas evoca esa incipiente era de evolución moral Vicuña Mackenna: «Vívidos lampos brillaban de tarde en tarde, pero sólo como esas boqueadas fosfóricas que arrojan los Andes para alumbrar fugazmente sus tinieblas. Los diarios se publicaban sólo los sábados, es decir, el día que los lectores se afeitaban y cambiaban de camisa, y se vendían a medio el número en la esquina de Ramos, junto con el polvillo y la chancaca, y cuando no se vendían, servían para envolver estos productos, lo que era más usual y más sabroso.»

Las obras, que se exponían con más atracción al desdén de

los transeuntes, se encontraban en la tienda de Sardi o del mercader en seda don Ventura Soto, que vendía la Gramática de Salvá en la plazuela de Santo Domingo; en el negocio del comerciante argentino Ortiz Alcalde, que los rifaba en cédulas al menudeo o por boletos a la suerte; y la firma de Iglesias o Capetillo, que los mostraba a la curiosidad de vulgo sobre los braceros de cobre de sus ferreterías y bodegones de la calle de Ahumada.

La librería estaba reducida al estrecho círculo de la gente que frecuentaba las pulperías y los baratillos, entre cuyas mercaderías figuraban los libros de la venta, como *El Espiritu de la Biblia*, el *Catón Cristiano*, la *Imitación de Cristo*, el *Catecismo de Fleury* o del padre Astete, la *Cartilla*, el *Año Cristiano*; algunas novelas religiosas sin ningún conocimiento humano, especie de novelas rosa, y abundancia de novenas en tomos truncos.

Un vendedor ambuiante, el ciego Pedro Puebla, ofrecía los libros usuales de ese tiempo en las puertas de las iglesias, y a la vez narraba a la gente, que merodeaba en torno, los sucesos domésticos de trascendencia y los hechos del bandolerismo local.

Entre esos libros del ciego Puebla había uno muy curioso impreso en Chile, en las prensas de *El Mercurio* de Valparaíso, por Wells y Silva.

Era

EL LUCERO:

O

ALMANAK CHILENO

Para el año bisiesto

1828

Décimo Nono de nuestra Independencia.

Dará una breve idea de la Geografía de Chile. Una lista civil de los empleados de Valparaíso. Los cálculos náuticos de los meses del año. Y al fin una cronología general de las épocas más notables, desde la creación del mundo hasta el estado presente.

Dibujo de una esfera

Revisado y corregido, según la Constitución Gregoriana, año de 1582.

IMPRESA DEL «MERCURIO» DE VALPARAISO, POR WELLS Y SILVA.

Este Almanaque estaba calcado en el modelo de los que el impresor don José Camilo Gallardo había publicado desde 1814 hasta 1820.

En cuanto a Valparaíso la librería no era más abundante y escogida que la de la capital. Allá, en el puerto, el comerciante don José Bayolo expendía libros en su mercería, lo mismo que don José Vicente Sánchez en su almacén de menestras.

Don Santos Tornero, conocido por el fundador de la librería en Chile, en su libro *Reminiscencia de un viejo editor* refiere que a su llegada al país «rara vez se veía venir de España algún libro. Francia e Inglaterra, especialmente la primera, eran los países que surtían de libros españoles a Chile, componiéndose, por lo general estos libros, de reimpressiones hechas en pequeños volúmenes importados por las casas consignatarias, quienes lo vendían a tanto el volumen, chico o grande (y de éstos venían pocos); contándose por volúmenes los silabarios, catecismos, novenas.

»El precio de tres o cuatro reales (37½ a 50 centavos), era el corriente de cada volumen, y nadie pagaba más. De consiguiente, los cajones venían surtidos en ese sentido.»

»Las pequeñas tiendas, las mercerías, aun los despachos de comestibles, eran los lugares donde los libros se expendían. Sus dueños compraban esa mercadería, cajón por cajón, como se compra una jaba de loza.»

Sin embargo, antes de la llegada de don Santos Tornero a Chile, existía ya en Valparaíso, agregada al diario *El Mercurio* una oficina de índole comercial donde se expendían «fórmulas de manifiestos por menor, pólizas, conocimientos en inglés; tablas para reducción de doblones, compendios de gramática castellana, silabarios, cartillas y reglamentos de Aritmética».

El 13 de Julio de 1832 apareció un aviso de venta de libros «en la oficina de *El Mercurio*». La lista contenía más de cua-

renta títulos entre obras de enseñanza superior, literatura, artes, ciencias, filosofía, jurisprudencia, diccionarios enciclopédicos. Pocos días después se publicó otra lista que contenía más de cien obras de todas clases.

En Marzo de 1833, se abrió en la oficina del diario un despacho de libros en español, francés e inglés, y se avisaba que los que quisieran encargar obras a Europa podían hacerlo por mediación de ese despacho. En Septiembre de ese mismo año apareció el primer aviso con el nombre de «Librería del Mercurio», y en 1834 — cuando llegó el señor Tornero a Chile — el surtido de libros era tan grande y variado como las listas que aparecían en el diario conteniendo más de doscientos títulos. Por esta causa se habilitó un departamento del local de la imprenta con el exclusivo objeto de venderlos junto con artículos de escritorio, papeles para dibujo, métodos y piezas de música.

La librería fué prosperando año por año junto con la imprenta, que ya no era sólo un taller de diarios sino que confeccionaba obras de diverso género. A principios de 1838 se vendió la librería para atender con mayor cuidado a las impresiones, y ésta pasó a formar parte de un anexo de la tienda de don Agustín Moyano, en la calle de la Aduana (hoy de Prat).

La entrada de don Santos Tornero a los negocios de librería y de imprenta viene a dar, en 1840, un impulso definitivo a este comercio. Desde su llegada de España, de donde era oriundo del pueblecito de Viniegra, habíase dedicado a trabajos industriales, como dependiente de algunas tiendas, y formado un capitalito que, en seis años, le dió para organizarse con independencia en el comercio librero, en algunas compras «a lance» como la que le hizo a su futuro socio don José Vicente Sánchez con una partida de estampas viejas que éste le entregó en lote o en cajas para la instalación de la segunda librería pública que se abriría también en la calle de la Aduana. Poco tiempo después don Santos Tornero adquiría una partida mayor de libros, de la testamentaria de don Domingo Otaegui, y fundaba su «Librería Española» con una sucursal de la misma importancia en Santiago, al cuidado del entonces muy joven don Pedro Yuste, en la calle de los Huérfanos, en una vieja casa, próxima a los escritorios de Moller y Cía.

Esta Librería pasó a ser después del francés Mr. Augusto Raymond, y fué el origen de la «Librería Central» de don Mariano Servat, cuyo nombre prestigiado hubo de cambiar por las cuestiones con España.

En Septiembre de 1842 pasaba *El Mercurio* a su nuevo propietario don Santos Tornero, disolviéndose su sociedad con el chileno José Vicente Sánchez, pues, a éste no le agradó el que su socio se hiciera diarista e impresor; sin embargo, no abandona su carrera de vendedor de libros, y, cuatro años más tarde, después de un incendio que lo dejaba a las puertas de la ruina, fundaba las Librerías de «El Mercurio», en Valparaíso y Santiago, y las sucursales que formarían la de don José María Serrato, en Concepción; la de madame Pichon, en Copiapó; la de Cortés en La Serena.

Se estaba en 1842, en el liberal año de la presidencia del General Bulnes, y el establecimiento de la librería como negocio organizado coincidía con la formación de la primera Sociedad Literaria, cuyo discurso inaugural pronunciado por el gran chileno José Victorino Lastarria saludaba el advenimiento de la tranquilidad en la República, y su deseo de henchir en naturaleza democrática a la literatura nacional, sacándola del falso clasicismo que la sumía.

Eran los primeros pasos para crear un arte propio, impulsando a los espíritus de mayor preparación intelectual a escribir obras que establecerían el público comprador, y cuyos ejemplos de la buena acogida de esta industria lo demostraba el mismo don José Victorino Lastarria, después de publicar en 1838, *Las lecciones de Geografía Moderna*, pues no sólo se agotó su libro, sino que hasta había encontrado nueva patria en Francia, donde, sin su conocimiento, las vertió al francés Mr. Latrone, y de cuya edición las tradujo al castellano don Mariano Torrente, para el uso de las escuelas de Madrid.

El Semanario de Santiago, publicado ese año, contribuyó a preparar el sentido nacional de la literatura y a crear mercados a la circulación de libros extranjeros, especialmente de escritores franceses.

«Nuestras pobres librerías, entre un gran caudal de obras de derecho civil, apenas principiaban a tener uno que otro libro de historia y de bella literatura, de derecho público de la escuela francesa y de eclecticismo filosófico. No sabíamos nada de ciencias sociales; estábamos en ayunas de la reacción que la filosofía preparaba sorda y lentamente en Europa, para rectificar las bases de la sociedad, purificando los principios elementales a la luz de la ciencia.» (1)

(1) José Victorino Lastarria.

La industria de la publicación de obras nacionales no podía ofrecer aún perspectivas a los editores ni a los literatos que quisieran ensayar sus resultados, pues las obras históricas y geográficas que se habían escrito, describiendo nuestro territorio y nuestros esfuerzos de nación, se buscaban en Europa como curiosidades bibliográficas más que como libros de comercio o de propaganda nacionalista, como sucedió con la Historia de Chile del abate Juan Ignacio Molina y la de don Claudio Gay.

El tipógrafo peninsular, después célebre editor en España, Manuel Rivadeneira, que se hizo famoso con su *Colección de Autores Españoles*, en Madrid, no se consagró durante su permanencia en Chile (1841 - 42), a la publicación de libros, como, sin duda, era la tendencia de su iniciativa, sino que empleó su actividad y su buen gusto como maestro en el arte de la imprenta, en los periódicos que tuvo bajo su dirección: *El Araucano* y *El Mercurio*. Este último, que era tipográficamente pobre y descuidado, salió de su precaria infancia a una nueva vida con los mismos tipos viejos, con igual prensa anticuada y con idéntico papel de mala calidad. Rivadeneira hacía su milagro con ese conocimiento extraordinario que tenía de su arte tipográfico, que había maravillado a los maestros de Alemania, componiendo casi taquigráficamente, y con el que más tarde renovarían la tipografía española. Pero Rivadeneira también llamaba a su lado a colaborar en el *El Mercurio* a don Domingo Faustino Sarmiento, quien inyectaría a la expresión de ese conjunto de tipos de imprenta, bien distribuidos, su vitalidad de gaucho combativo y fogoso.

Rivadeneira y Sarmiento se unían así, en aquel claro amanecer de nuestras letras, a exaltar con su ejemplo a los editores y a los jóvenes que se iniciaban en la publicación de obras nacionales.

No hace mucho, un decreto firmado por el Presidente Azaña, para iniciar la publicación de una colección completa de autores clásicos españoles, a cargo del Estado, entre otros acápites, decía: «Desde que a mediados del siglo XIX subvencionó la Biblioteca de Autores Españoles del Editor Rivadeneira, hoy con todos sus méritos deficientes, el Estado no había vuelto a prestar, por lo menos de un modo directo y con arreglo a un plan general y duradero, atención alguna a tan importante cuestión.» (1)

(1) EL SOL, 24 de Abril de 1936.

Don Manuel Rivadeneira, que había madurado su proyecto de la colección de autores clásicos en Chile, regresó pronto a Madrid sin entrar en negocios editoriales con los autores del país, salvo un librito curioso que le pidió al entonces joven profesor don José Victorino Lastarria, y que se tituló *Guía de Forasteros en Chile*.

Eran épocas duras para los estudiantes por la falta de libros modernos que apoyaran el espíritu liberal contra la dictadura portaliana. «El caudal de nuestras lecturas era escaso — dice Lastarria en sus *Recuerdos Literarios* — y, sin embargo, nos predisponía contra aquella situación de una manera que llegaba a ser mortificante. Dos libros viejos que habían formado parte de la quiebra de un comerciante inglés eran los que más habían contribuido a inspirarnos nuestra convicción, *Les garanties individuelles* por Danou, y una historia de los Estados Unidos, en un volumen grueso, a la rústica y bien impreso, cuyo autor no recordamos. La circunstancia de haber sido uno de los tres alumnos de la clase de inglés del Instituto nos habilitaba para leer este libro, que habíamos meditado y recorrido muchas veces, comparando la situación de las dos Américas, y admirándonos de cuanto teníamos que hacer los hispano-americanos para colocarnos en una disposición social adecuada al progreso democrático, de la cual tanto nos separaba el orden político de 1836.»

«La librería — dice en los *Recuerdos* — era escasísima y de precios exorbitantes. Formaban su fondo muchos libros ascéticos y de antigua literatura española, los muy usuales de derecho civil, que se pagaban por más de su peso en plata, poquísimos de historia, ninguno de ciencias, y algunos tratados de ciencias jurídicas y de política, como Montesquieu, Fritot, Bentham, Cottu y Vattel; Filangieri, Beccaria, Rousseau, Constant, Rivero y Salas. La literatura moderna de Francia apenas estaba representada por las «Palabras de un creyente» y de la «Democracia en América».

Lastarria vivía con la preocupación de la cultura, y en su plan apasionado, de formar nuestra república por el espíritu liberal en la política y en las letras, se preocupaba de la difusión de la librería como una necesidad vital para lograr su progreso democrático. El mismo era un infatigable buscador de libros y un buen descubridor de preciosidades bibliográficas. Cuando fué a visitar a Sarmiento, por primera vez, en aquel departamento del tercer piso de los portales de Sierra Bella (hoy los

de Fernández Concha), sus ojos descubrían sobre el suelo enladrillado de la pobre pieza que habitaba el maestro sanjuanino, unos cuadernos a la rústica, arrumados en orden, como en un estante; esos cuadernos eran las entregas del *Diccionario de la Conversación* que el emigrado cargaba consigo, como su único tesoro, y que «a los pocos días fué nuestro — contaba Lastarria — mediante cuatro onzas de oro, que él recibió como precio para atender a sus necesidades.»

Los impulsores de la librería nacional tuvieron que tener un amor profundo por el libro para ensanchar una industria que estaba en pugna con los hábitos de una sociedad que temía, con la lectura de obras extranjeras, apartarse las viejas creencias de los mayores. El vendedor de libros ejerció el contrabando con su mercadería en la época en que el repúblico don José Antonio Rojas esparcía el conocimiento de los enciclopedistas para formar los sentimientos de la independencia. Después, por la misma razón, se convertirá en editor y ejercerá la piratería, reimprimiendo obras para un mayor número de lectores, y propagar conocimientos prácticos y elementales de la industria y de la ciencia. Esta vulgarización comenzó a modificar los hábitos del pueblo, que se hizo laborioso y aspiró a un mayor bienestar. Las bibliotecas populares, formadas por estas librerías, fueron otros tantos talleres de generalización de conocimientos para el progreso nacional.

En cuanto a los autores del país, que empezaban a publicar para el pueblo, después de la labor emancipadora de *El Semanario* de Santiago (1842), el primero que lograba impresionarlo vivamente con obras de cultura democrática era el joven filósofo racionalista Francisco Bilbao, con sus folletos *La Sociabilidad Chilena* y *Los Boletines del Espíritu*, que, al ser espectacularmente quemados en la plaza pública, trajeron el más saludable despertar liberal en todo el país.

«Desde ese año — 1844 — aumenta la producción literaria, libre de las trabas reaccionarias, y el número de obras que se publican sube a treinta y ocho, en el año siguiente a cuarenta y ocho, en 1846 a ochenta, y así continúa el aumento de los libros en los años posteriores, excepto el de 1847, siendo de advertir que a lo menos una cuarta parte son reimpressiones, que hacen nuestras prensas de obras extranjeras de bella literatura, lo que demuestra la difusión del buen gusto y de la afición a la lectura.»

Las luchas reaccionarias posteriores estagnaron el progreso

del movimiento intelectual y literario, llegando casi a su anulación después del florecimiento alcanzado en la pasada década, y que, en su afán combativo, hizo retardar en largos años la promulgación de la ley de instrucción primaria (1860).

La producción de libros para la venta se limitaba en gran parte a monografías, textos de enseñanza, traducciones y reimpressiones, vidas de santos, y toda clase de obras de índole religiosa y eclesiástica, que los especuladores vendían al Gobierno para servir las bibliotecas populares y establecimientos de instrucción, todo esto hecho malamente, sin ningún interés para el fin a que estaban destinados. «Aquella falta de inteligencia llegaba a veces a extremos increíbles — refiere Lastarria en sus *Recuerdos* — como, entre otros, el de reimprimir una mala traducción de la *Conquista de México* de Prescott, que publicó en Madrid la empresa de la *Revista de España, Indias y el Extranjero*, poniendo en la portada: «Edición de Chile, Indias y el Extranjero», porque el libro español decía: Edición de la *Revista de España, Indias y el Extranjero*.»

La librería ha sido en realidad una conquista moderna de nuestros adelantos no sin haber sufrido difíciles períodos de prueba, que constituyen otras etapas dignas de recordarse por el laborioso esfuerzo que representan. Los libreros empiezan a editar particularmente obras de autores nacionales, cuyas investigaciones y creaciones artísticas tienen ya resonancia americana. Se hacen bibliotecas económicas, y algunos autores, como Lastarria, asegúranse para la edición de sus *Misceláneas histórica y literaria* un grupo numeroso de subscriptores.

Las obras de Román Vial, Manuel Concha, Vicuña Mackenna, Amunátegui, Lastarria, Barros Arana, Ramón Pacheco, Bañados Espinoza, encuentran editores progresistas y laboriosos como los Tornero, hijos de don Santos, (1) Jacinto Núñez, Rafael Jover y Roberto Miranda.

Eran años aquellos de dura penetración en el mercado. Vicuña Mackenna lo sabía por las numerosas dedicatorias de obsequio que ponía a sus obras de creador de nuestra alma nacional. Sus amigos no querían comprar los libros que su espíritu sudaba en investigaciones continuas, y esperaban el regalo del ejemplar duramente editado. Más de uno de aquellos

(1) Uno de ellos, Recaredo Tornero, organizó la industria papelera, estableciendo la primera fábrica del país.

amigos le devolverá el tomo a la rústica por no ir empastado, en rica tela.

Sería ingratitud no recordar al primero de nuestros grandes vendedores de libros, de a fines del siglo XIX. Fué éste don Roberto Miranda que, en su cruzada por la difusión del libro chileno, extendió las vinculaciones de la literatura y de la tipografía nacional hacia los países de América y de Europa. La suya representó una labor generosa y patriótica, pues, descubrió nuevos horizontes al libro humilde del ingenio patrio, creó mercados, descubrió públicos a los autores y les facilitó la circulación de sus obras en otros pueblos cultos.

Don Roberto Miranda, remitía desde Santiago a las principales librerías de América y aun de España, publicaciones chilenas, y recibía en canje algunas de las que en España y América se publicaban. Después realizó un viaje a Europa, enviado por el gobierno de Balmaceda, a estudiar la manera de fomentar la circulación de las obras literarias chilenas en las naciones del viejo mundo. Allí vió a literatos, bibliotecarios, editores y libreros; donó, canjeó, prestó libros chilenos; estableció en Leipzig (el mercado librario más célebre del mundo en aquella época), en París y en otras capitales, depósitos de dichos libros. Su misión creó una verdadera «corriente literaria» entre Europa y Chile. El biógrafo mexicano Francisco Sosa coloca al señor Miranda entre los propagandistas modernos de la librería americana, a quienes mejores servicios deben las letras, al lado de Lagomaggiore y Casavalle de la Argentina y Garnier de París.

Desde principios del nuevo siglo las librerías se han multiplicado mucho en el país, y algunas de ellas han ofrecido al público abundantes colecciones de obras antiguas y modernas. Hasta ayer se familiarizan en nuestros ambientes culturales las chilenas de Miranda, Roberto y Guillermo Lathrop, Gandarillas, Librería Colón, y la Federación de Obras Católicas; las francesas Ducheylar; las españolas *La Joya Literaria*, de Antonio y Carlos Bindis, Baldrich, Nicasio Ezquerra, Pedro Vidal, Julio Real y Prado; las portuguesas Nascimento; las alemanas José Ivens; las inglesas Hume y Walker.

Se alejaba ya el Santiago afrancesado de 1900, y volvía a cantar su mercancia nacional el vendedor de libros del «centro». Alberto Blest Gana, el inolvidable autor de *Martín Rivas* nos enviaba desde París algunas importaciones de legítima chilenidad, como su obra *Durante la Reconquista*, editada por Garnier

Hermanos. Aquí también se exhibían en las vitrinas las de la industria nacional con las firmas de Orrego Luco, Dublé Urrutia, Baldomero Lillo, Pedro Antonio González, Bórquez Solar, Francisco Contreras. Las ediciones del «Círculo de los Diez» que se formó en 1916, vinieron a acentuar la confianza que el público dispensaba a la obra nacional. Nuevas firmas de autores surgían a ocupar un lugar de primera fila. No habría otro intento de editoriales, formadas por escritores mismos, hasta el año 1918. La «Biblioteca Arcadia», fundada por Raúl Simón y Daniel de la Vega, logró algunos éxitos de importancia para el público comprador. La última en que actuaron escritores en el negocio editorial, con éxito aunque con inconstancia en la labor continuadora, fué la Sociedad Chilena de Ediciones, formada por acciones y con la distribución de la Librería Salvat. Esta Sociedad publicó *El Delincuente* de Manuel Rojas, *El Socio* de Genaro Prieto, *La Tragedia de Miguel Orozco* de Alberto Romero y *Chilenos del mar* de Mariano Latorre.

No terminaremos esta breve historia del vendedor de libros sin hacer una referencia al actual comercio librero que tanto en su aspecto de editorial como de venta ha alcanzado una situación preponderante en nuestra América.

En esta breve historia, hecha a grandes rasgos, se podrá ya intuir una atmósfera propicia al intercambio del pensamiento, aunque, si bien es cierto faltan aun las grandes masas de lectores, no por eso deja de sentirse un ambiente favorable que ayuda a realizar con éxito las iniciativas de las nuevas empresas. El espíritu industrial, por el que el país quiere defenderse de la crisis que lo agobia logra alcanzar al libro y hacer de su fabricación una esperanza económica del porvenir. Ya no tendrá un sitio humilde entre las velas de sebo de los bodegones de Ahumada.

Son muchas las empresas editoriales que se van a constituir, y de entre ellas se destacan, por su esfuerzo continuado en la obra nacional, las de Nascimento y de Ercilla.

El padre de los editores contemporáneos es, sin duda, don Carlos George Nascimento, que tiene un entroncamiento espiritual con la antigua librería de Serrato, en Concepción, por cuanto su tío don Juan do Nascimento fué primer empleado de ella, en 1873, y más tarde librero en Santiago y editor de algunas obras.

La actual Editorial Nascimento comenzó su labor en 1918 y se constituyó con la base de la «Biblioteca Arcadia», antes

mencionada, y que dió a la publicidad obras que lograron verdaderos éxitos editoriales como *El niño que enloqueció de amor* y *El hermano asno* de Eduardo Barrios, las *Crónicas de César Cascabel* de Raúl Simón, la *Señorita Ana* de R. Maluenda.

Cuando tuvo imprenta propia comenzó su labor editorial Nascimento con una antigua máquina Marinoni, que, para remediar desperfectos, amarraban con alambre, y cuyo engranaje producía un ruido infernal, que sacudía toda la casa. De su vieja alma, rica y templada, salió la prosperidad en que hoy se halla la empresa. Esa máquina había llegado a Chile en 1850, destinada al célebre editor, don Rafael Jover que, entre otras obras, dió a la estampa las de Vicuña Mackenna y Barros Arana.

Desde nuestra historia ostenta Nascimento más de 1,400 títulos en textos, libros y folletos, y un número no inferior a tres millones de volúmenes publicados, entre los cuales los autores nacionales suman una gran parte de esa totalidad. Nascimento ha guardado ese espíritu romántico que animó a los antiguos editores en sus cruzadas por la difusión del libro chileno.

El otro gran editor e impresor contemporáneo es don Laureano Rodrigo, que se establece en Chile en 1928, y realiza una de las empresas de mayor trascendencia para la librería nacional, difundiendo las ediciones y los autores chilenos sobre el comercio del continente. Hace el señor Rodrigo un meridiano intelectual de Santiago con sus ediciones en trato directo con escritores americanos y europeos. Prestigia así la obra editorial chilena dando, para toda América, como representante legal de los nombres mundiales de Ludwig, Zweig, Tomás Mann, Mauriac, Moreau y otros, la primera agua de la cosecha en lengua española, del pensamiento de estos grandes escritores.

El señor Rodrigo, antiguo periodista con conocimientos de las plazas del continente, proyecta ya su plan el mismo día de su llegada a Chile, registrando el 6 de Agosto de 1928, para su editorial, el nombre de «Ercilla», que viene a constituirse definitivamente en empresa el 11 de Abril de 1932. Ese nombre servirá de vínculo para la comprensión espiritual de la empresa en su raigambre con América hispana llevando el recuerdo del entronque con la tierra de la gesta epopéyica de Arauco.

Desde su fundación hasta el 30 de Octubre de 1936 ha publicado la Editorial Ercilla 2,212 ediciones. De éstas corresponden a autores nacionales, en el año 1935, 62 títulos, y en el actual 42.

El sueño de don Roberto Miranda ha venido a realizarlo «Ercilla» con sucursales propias en Argentina, Colombia, Cuba y México. Dispone, además, de viajeros permanentes, de un cuerpo de corresponsales, algunos de ellos rentados, y de nueve revistas literarias para su difusión. Es una Empresa digna de su nombre por la ética que lleva su dirección editora.

Otras empresas más jóvenes contribuyen a darle importancia a la industria del libro en el país, entre ellas «Cultura», «Letras», «Pax», que se preocupan de la edición y del autor chileno, en la expansión del pensamiento universal.

En el año 1932, a raíz de la creación del Control de Cambios, la Librería Cultura, fundada en 1928, no pudo seguir ofreciendo la producción española y francesa, por lo que su propietario señor Francisco Fuentes decidió transformarla en editorial. Conocedor del gusto de sus clientes el nuevo editor publicó diversas colecciones que tuvieron éxito en el público. Entre ellas se encuentran la *Colección Hombres e Ideas*, *Biblioteca Cultura*, *Colección Hogar*, *Biblioteca del Espíritu*, *Colección Vida Privada*, *Libros de utilidad práctica* y la *Colección Chile*, que ha publicado obras de autores nacionales, entre ellos Luis Durand. Joaquín Edwards Bello. Publica también una revista teatral *La Escena*, popular entre los elementos teatrales y conjuntos obreros de aficionados, pues difunde a autores nacionales en el género cómico y dramático. Figura *La silla vacía* de J. M. Rodríguez y *Golondrina* de Nicanor de la Sotta.

La exportación contemporánea del libro nacional, como negocio organizado, se inicia en Abril de 1932, para toda América, por la Editorial «Pax». Su propietario don Carlos Cesarman se convierte en su distribuidor en los diferentes mercados del continente. Funda una sucursal de importancia en México, a cargo de su hermano don Julio, y logra dar a conocer algunas firmas de autores nacionales en aquel país, interviniendo con un magnífico exponente de libros editados por su casa en la campaña pro - lectura que hace el gran diario *El Universal*. Otra sucursal de importancia es la que posee en Buenos Aires, dirigida por el Dr. Alberto Vásquez Ramos.

Entre los títulos de obras editados por «Pax» se destacan principalmente los autores españoles e hispano - americanos. Siguen los que pertenecen al acervo universal, como las obras de Freud, cuya colección completa hecha por esta casa representa un esfuerzo editorial.

La Editorial «Pax» es, ante todo, un vehículo distribuidor

del libro editado en el país, y sus compras a las similares durante los últimos años suben del millón de pesos.

No terminaremos sin recordar que la Universidad de Chile tiene una imprenta propia desde el año 1931, cuando era Rector don Gustavo Lira. Su labor llena una gran necesidad de difusión cultural y de intercambio con las universidades extranjeras. Sus ediciones, por su carácter científico y de investigación, no son de las que tienen fácil acceso al grueso público, pero ellas representan la evolución constante de los estudios en su afán de perfeccionamiento. En su último año de labor registró 112 títulos en obras publicadas.